

Daniel Omar Favero

SON UNOS POCOS PASOS QUE ME LLEVAN AL BARRIO

cruzo el último asfalto, piso el barro, miro
los pajonales donde jugábamos desnudos,
para saber si allí siguen las mismas caras,

limpias de tierra y sol y enfermas de ilusiones,
para saber si aún sonríen contra el mundo
y acaso puedo ser otra vez uno de ellos,
habitante del charco, puro niño, inocencia.

Hay que vivir aquí y escuchar el silencio;
hay que ver desde aquí la ausencia colosal
y cómo las casitas se acurrucan de frío
cuando, lejos, se encienden las primeras estrellas.

Sobre unos pocos pasos que atraviesan distancias
ridículas, regreso, sin querer, todos los días
buscando explicaciones y me quedo cargado
de abismos. Y mi nombre se me olvida en la calle.

OTRA VEZ CAMINAR PENSANDO EN VOS... QUÉ LENTAS

cuadras. Siempre muy lejos. Qué sordos paredones.
Qué puertas siempre de otros. Yo llevo la mitad
sufrida de mi cuerpo y el resto se me duerme.

Mi mirada dispersa, fotográfica, verde
(son dos planetas verdes y un cielo verde) cae
sobre los empedrados. Pasa un niño linyera
y la junta, centavo tras centavo, como siempre.

Y un hombre que la mata con triste indiferencia.

Y un micro que la aplasta y la sepulta en humo.
No vayas a creer que no agradezco el día.
Yo solamente siento que le sos necesaria.

Cada esquina padece su hastío de bocinas.
También soy una esquina donde se cruza el mundo
y de algún modo estás más allá de estas cosas
ahora que imagino la hora del regreso.

ESTA MAÑANA TIENE LOS BOLSILLOS VACÍOS

manos blancas y heladas, suspiros y veredas,
bocacalles-soldados y una lluvia llorando
la ceguera del cielo. Tal es nuestro paisaje.

El café, menos dulce, detrás de la ventana.
Los grises cavadores de zanjas y los perros
se están mojando. Pasan soberbios automóviles
y paraguas con sombras... y las puertas, cerradas.

Se enfermarán de invierno hasta las sepulturas.
No quiero ni mirar las goteras del techo.
Mis ojos se quedaron pegados en el vidrio
y eso es malo. Mi silla, dura. Mi tos. Mi horario.

Esta mañana tiene tanto miedo que tiembla
hasta la última hoja. Hay sirenas. Hay hombres
que no entienden ni medio. Y otros, pobres, que sí,
que entienden lo que pasa. Tal es nuestro paisaje.